



1ra

Jornada de proyectos de Investigación

Doctorado en Literatura
Latinoamericana y Crítica Cultural

6 Oct
17 a 21h
Sede Suipacha

I – Feminismos en la literatura latinoamericana contemporánea

“Supervivencia de las brujas. La bruja pájara, modos de habitar entre la naturaleza y la cultura”

Verónica Boix

La figura de las brujas tiene la potencia simbólica de convocar afectos. Contiene un imaginario de poder sobre el cuerpo, las mutaciones y la naturaleza que interpelan los modos de producción de conocimiento hegemónico en occidente: el saber racional y científico. En las múltiples manifestaciones de la figura de las brujas se materializan otras explicaciones del mundo que desestabilizan los modos imperantes en la actualidad de comprender el funcionamiento de lo real.

A lo largo del tiempo, la bruja se consideró una categoría anormal de lo femenino. Idea que se reforzó con la expansión del culto cristiano que asoció las prácticas de las brujas a lo demoníaco, como dice Caro Julio, en *Las brujas y su mundo*. En la base de su persecución, según el historiador Carlo Ginzburg, se encuentra la lucha por la separación entre la cultura de élite y la cultura popular. Solo aquí ya aparecen tres dimensiones a explorar: el género, la producción de saber y la biopolítica.

Ser bruja acarrió a lo largo de la historia una carga negativa que recién se modifica de manera reciente con la intervención de las teorías feministas. “Somos las nietas de las brujas que no pudieron quemar”, es uno de los lemas de la segunda ola feminista. Hay dos estudios medulares para entender el cambio, por un lado, *Calibán y la bruja*, de la historiadora Silvia Federici y su revisión de la historia desde la Edad Media, que pone el foco en las mujeres, sus prácticas y su lugar en el proceso de iniciación del capitalismo; y por otro, los estudios de la filósofa ecofeminista Carolyn Merchant, en particular *The death of nature. Women Ecology and the scientific revolution*, en el que investiga los modos en que la intensificación de las actividades humanas durante el Renacimiento que alteró la fisonomía de la tierra, también implicó un cambio en las mentalidades. A partir de esto, la naturaleza se convierte en una fuerza desordenada que hay que domar, esta idea sobre la naturaleza lleva a indagar si la bruja puede ser un símbolo de ese caos indomable, o tal vez, la posibilidad de encarnar otro orden posible.

Así es que en las primeras décadas del siglo XXI aparecen una serie de narraciones de autoras latinoamericanas que adoptan la figura de la bruja en distintos géneros y sentidos. En todas ellas la figura tiene una positividad que se contrapone a ese

antiguo estigma. Las figuras imaginarias creadas a partir de esas narraciones resultan más generosas que las ideologías y habilitan reflexiones, vínculos y sentidos que, lejos de ser conceptos fijos, tienen la movilidad de la transformación. Son brujas que concentran esperanzas y temores. Vinculan a las personas con modos de percibir lo real diversos a los instaurados. ¿De qué modo las figuras que adoptan las brujas en la literatura latinoamericana contemporánea encarnan esas esperanzas y esos temores en marcha y abren un espacio de vacilación sobre lo que entendemos como mundo?

En *Supervivencia de las luciérnagas*, George Didi-Huberman afirma que la imaginación es política, es ese el sentido de lo imaginario que intento explorar a partir del fenómeno que aparece en la literatura latinoamericana de este siglo. ¿Por qué surgen en simultáneo y en diversas regiones autoras que abordan la figura de la bruja? ¿Qué indica sobre el presente el giro de la imaginación hacia la positivización de esta figura? ¿Qué pone en evidencia esto en torno a las urgencias de nuestro tiempo?

Las brujas conducen a hallar prismas que desarticulan categorías polarizantes, que desde varias disciplinas ya están siendo interpeladas: naturaleza-cultura; cielo-tierra; espíritu-cuerpo; conocimiento; superstición. En sus prácticas se abren preguntas para nuevas formulaciones epistemológicas interdisciplinarias (filosóficas, científicas, antropológicas, sociológicas) erigidas alrededor de la construcción del conocimiento sobre el mundo.

En ese territorio voy a indagar qué preguntas aparecen en cuanto a la política alrededor de los saberes. Más allá de las cuestiones vinculadas a la micropolítica de la experiencia y la producción de conocimiento, me interesa la potencia de las brujas para poner en cuestión la sexualidad como espacio de la sanción, el tabú, la obligatoriedad. Dice Marcela Lagarde y de los Ríos, en *Los cautiverios de las mujeres* que “la sexualidad rebasa al cuerpo y al individuo: es un complejo de fenómenos bio-socio-culturales que incluye a los individuos, a los grupos y a las relaciones sociales, a las institucionales y a las concepciones del mundo -sistemas de representaciones, simbolismo, subjetividad, éticas diversas, lenguajes-“ (Lagarde y de los Ríos 2014: 161). De ahí que las brujas de la literatura latinoamericana permiten indagar sobre el cuerpo de la mujer, el deseo, la sexualidad y su mundo erótico.

De algún modo, el deseo de las mujeres y su sexualidad permanecieron mudos en la literatura latinoamericana, esa expropiación muchas veces se representó como la metáfora de una voluntad del varón de poder. En cambio, las brujas detentan un cuerpo que no se presenta como objeto de expropiación, sobreviven y en las nuevas narraciones

tienen la potencia de decir el deseo en la libertad, quedar fuera del campo de poder que ejerce la mirada del otro.

Hechiceras, curanderas, machis, adivinas, brujas, nigromantes, videntes. Las escritoras latinoamericanas recuperan la multiplicidad, y no lo hacen solo desde el género fantástico, como ocurre en *Cometierra* de Dolores Reyes, *Distancia de rescate* de Samantha Schweblin, *Nuestra parte de noche*, de Mariana Enríquez, *Temporada de huracanes*, de Fernanda Melchor, el cuento “Biografía de María Fernanda Ampuero”, avanzan hacia zonas más híbridas como *Las malas* de Camila Sosa Villada y *La Virgen Cabeza* de Gabriela Cabezón Cámara, y de un modo más inusual aparecen en un registro no ficcional, como ocurre con la crónica *Chicas muertas*, de Selva Almada. ¿Qué tienen en común todas ellas? ¿Qué dice su aparición recurrente sobre la cultura de esta región? ¿En qué medida son catalizadores de una necesidad, una crítica, un nuevo modo de entender el mundo?

En las escrituras contemporáneas de mi corpus surgen preguntas respecto al modo en que las mujeres han construido saberes alternativos a lo largo del tiempo, tanto al margen de las culturas centrales como en comunidades previas a la colonización. Ellas hablan de modos diversos de vincularse con la naturaleza, entender la experiencia e influir sobre procesos que tienen que ver con la reproducción, la enfermedad y la muerte.

La bruja pájara

Resulta interesante, en ese sentido, proponer una categoría que aúna a varias de ellas: las brujas pájaras. La piel es la primera frontera que se extiende entre lo propio y lo otro. En un mundo trazado a partir de límites que imponen un orden al caos del universo, la piel aparece como la materia visible que separa lo individual del espacio que lo circunda. De ahí que a lo largo del tiempo las brujas fueran asociadas a la locura. Mujeres dueñas de lenguajes, códigos y otros modos de comprender, diversos a los dominantes, más aún modos que fueron prohibidos y perseguidos con saña porque en ellas la piel ya no es límite sino posibilidad.

Mal, cuerpo, hembra y oscuridad son términos que subyacen a la figura de la bruja. Son términos que conforman un tejido que enlaza ideas respecto a la oscuridad y lo femenino. Para Marcela Lagarde y de los Ríos la relación entre la bruja y el mal proviene, precisamente de esa pregunta implícita ¿Cómo es posible una mujer sabia y con poder? La única respuesta admisible es que si lo tiene, encierra algo malo.

Sin embargo, una cierta especie de bruja transgrede el borde de la piel, que es órgano y pared. Lo hace con brazos, dientes y plumas en una transformación que despliega el vuelo más allá de los límites impuestos. En ese sentido, las travestis de la novela *Las malas*, de Camila Sosa Villada se fundan como mito, como origen, como algo previo al lenguaje, como una infancia (Agamben 1979). Y algo muy cercano ocurre con las protagonistas del cuento “Las Voladoras”, de la autora ecuatoriana Mónica Ojeda, que superviven a la cultura colonizadora en un mito andino vivo, obturado, para visibilizar la fuerza de otro de mundo posible, y así, con el poder que solo da el saber que cumple su promesa, abren sus brazos y agitan la sexualidad dormida de las que están en tierra, y a la vez, exponen la capacidad de revelarse frente a lo que se pretende dado.

Ellas conocen como habitar más allá de la luz de la reglamentación comunitaria que ciega, no se valen de las herramientas de la abstracción, por el contrario, son brujas que actúan desde sus prácticas. Su fuerza radica en un hacer diverso.

Cabe adelantar que las Voladoras, de Ojeda, son personajes recuperados de la tradición andina que remiten de forma directa a la figura de bruja. Por el contrario, las personajes travestis de Sosa Villada no están presentadas en la novela estrictamente como brujas, sin embargo, lo son. De hecho, todas ellas son figuras imaginarias que proponen un despegar con el cuerpo. Son las brujas pájaras: vuelan con sus cuerpos indisciplinados, desobedientes y sus plumas erotizan por fuera de las normas imperantes, graznan su sabiduría diversa desde el parque, sobrevuelan los techos, y despiertan el deseo erótico, la sexualidad disidente por fuera de las categorías binarias.

Dicho de otro modo, bajo formas travestis como las de Sosa Villada, o bien míticas como las Voladoras de Ojeda, los personajes encarnan la figura de brujas nuevas, brujas que ponen en diálogo una serie de elementos vinculados con la identidad de los cuerpos, la sexualidad y el deseo femenino. En sus alianzas traman otras maneras de actuar e influir en la identidad y en los modos de habitar un mundo, entre la naturaleza y la razón.

En la novela *Las malas* se plantea la llegada de una travesti a Córdoba capital. Está sola y ha sido expulsada de su seno familiar. La imagen inicial en el parque es determinante para revelar una estrategia que a lo largo de las escenas va a exponer de modo directo el fracaso por el disciplinamiento de los cuerpos. La desobediencia, la insumisión, el quiebre de lo real. Basta decir que no se limitan a la piel que les dijeron tenían, la depilan, la extienden, se reconocen en otra piel y devenir la mujer que habita

otro cielo, el de las brujas pájaras. Exponen así la obsolescencia del conflicto entre la cultura y el cuerpo, entre lo mejor y lo más bajo, que en ellas se enlaza para forjar una identidad contemporánea liberada.

Sus cuerpos exhiben las múltiples intersecciones entre cultura y naturaleza: una idea de mundo que escapa a los moldes hegemónicos de lo real. Puede verse, en ese sentido, la relevancia de los nombres, ese lenguaje distinto que las brujas pájaras saben manejar. Sosa Villada escribe “Ser travesti es una fiesta”, y la afirmación engendra en la lengua otro destino para los cuerpos.

Son todas ellas brujas porque concentran la potencia de identidades femeninas subversivas, interpelan desde sus cuerpos, provocan el despertar de un erotismo reprimido, indisciplinado. Sus prácticas son semejantes a las que mantenían las mujeres llamadas brujas a lo largo de la Historia, también mujeres perseguidas por su conocimiento y vínculos con un poder individual capaz de cuestionar las reglas imperantes. En otras palabras, el grupo de travestis de la novela retoma, aún sin nombrarse como tales, la figura de la bruja, su mito, ya que encarnan el deseo clausurado por una sociedad heteronormativa que deja en el orden del pecado todo lo que no cuadra en esas reglas.

La tía Encarna, la Machi Travesti y María la Muda son los personajes que representan a las mujeres anómalas dentro de la comunidad anómala, las individuos excepcionales que constituyen la punta de esta bandada de brujas pájaras.

Voy a mencionar, como ejemplo, a una de ellas, María la muda, la que carece de lenguaje revela el poder más absoluto dentro de sí: su cuerpo expresa la impermanencia de la forma dada. Ella atraviesa la metamorfosis más radical de la obra: de mujer a pájara. Precisamente en su figura confluyen todos los bordes de esas categorías que durante la historia permitieron incluir o excluir dentro de la protección de los derechos a los seres vivos. El límite entre lo humano y lo animal se desdibuja hasta desaparecer. La mujer que no puede hablar expresa que la identidad específica es solo un modo de definir la fórmula de la continuidad con las otras especies. Una idea que Emanuele Coccia sostiene y despliega en todas sus consecuencias en *Metamorfosis*. En otras palabras, María la Muda expone con el poder de su cuerpo que la vida para existir necesita atravesar una multiplicidad irreductible de formas.

Es cierto que ninguna de ellas tiene plena consciencia de su poder, de su condición de bruja. ¿Serán, en ese sentido, las brujas pájaras, las mujeres capaces de recordar la materia del pasado que persiste en la nueva forma? ¿Serán ellas las que

pueden articular todo el pasado que se porta en el presente, y de ese modo, habilitar un futuro imposible?

Del mismo modo que María se vuelve pájaro, bruja pájaro, para cantar y encontrar un modo de decir, en el cuento “Las Voladoras”, de la autora ecuatoriana Mónica Ojeda, las mujeres llamadas las Voladoras sobrevuelan las casas alejadas y habilitan la voz de la que no puede hablar. Una mujer joven le habla a un otro, y desde las primeras líneas dice: “¿Bajar la voz? ¿Por qué tendría que hacerlo? Si uno murmura es porque teme o porque se avergüenza, pero yo no temo”. Y así relata la presencia de esas mujeres que sobrevuelan su casa, y lo que ocurre dentro de esa casa. Ella no encuentra cómo decir eso que sucede entre su madre y su padre, tampoco lo que su padre hace con ella. Solo que a medida que las voladoras se agitan sobre el techo, untan sus axilas con miel, la que narra se hace del poder de notar su cuerpo, despierta a su sexualidad reprimida y se apropia de lo que le pertenece.

Cuerpo y palabra se aúnan gracias al poder que le insuflaron esas brujas pájaras que sobrevolaron su casa y le mostraron algo que ella no podía ver. La imaginación se revela capaz de movilizar el pensamiento desde lo no racional, transmitiendo en sus vivencias la potencia de lo desconocido. En su vuelo revelan la ineficacia de esos conceptos para ordenar lo real. Se unen en la promesa de un destino gozoso. María, la Machi y las Voladoras logran subsistir más allá de las persecuciones que padecen. No todos los personajes tienen futuro, ellas sí. Son intermitentes, luminosas a veces, oscuras mientras los reflectores de la opresión les dan de lleno. Así y todo, a pesar de que el mundo racional, por un lado, heteronormativo por el otro, no parece estar preparado para la inestabilidad que produce la transformación permanente de los cuerpos, ellas superviven, iluminan aunque nadie quiera verlas, y ahí están.

Bibliografía

Agamben, Giorgio (2006). *Lo abierto. El hombre y lo animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Bennet, Jane (2010). *Vibrant Matter. A Political Ecology of Things*. Londres: Duke University Press Durham.

Coccia, Emanuele (2021). *Metamorfosis*. Buenos Aires: Cactus.

Federici, Silvia (2019). *Calibán y la bruja*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Foucault, Michel (2008). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.

— (2008). *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.

— (2008). *Historia de la sexualidad. 3. La inquietud de sí*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.

Haraway, Donna (2019). *Las promesas de los monstruos*. Salamanca: Holobionte Ediciones.

Lagarde y de los Ríos, Marcela (2014). *El cautiverio de las mujeres*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.

Latour, Bruño (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Editorial Siglo Veintiuno.

Lee, Matt y Mark, Fischer (2019). *Deleuze y la brujería*. Buenos Aires: Las cuarenta.

Merchant, Carolyn (1963). *The death of Nature*. San Francisco: Harper & Row.

Ojeda, Mónica (2020). *Las voladoras*. Buenos Aires: Páginas de Espuma.

Sosa Villada, Camila (2019). *Las malas*. Buenos Aires: Random House.

Verónica Boix

Es Abogada especialista en derecho penal por la UBA, Magíster en Escritura Creativa de la UnTref y actualmente cursa el Doctorado en Literatura Latinoamericana y Crítica cultural en UdeSA. Colabora como periodista cultural para diversos medios argentinos (La Nación, *Revista Ñ*, La Gaceta Literaria de Tucumán) e internacionales (Nuevo Herald de Miami.) Es profesora de literatura en el ciclo secundario y asistente de la cátedra Literatura Mundial Contemporánea, dictada por la profesora Luz Horne. Dicta talleres de escritura creativa y de lectura. Cofundadora de *Pilar de letras*, un espacio de encuentro y creación literaria y del ciclo de lecturas “Quemar las naves”; participa del ciclo virtual “Revoluciones íntimas II”. Publicó su primera novela *Libertad bajo palabra* en la editorial argentina Letras del Sur y en México por el sello Legorreta.



Universidad de
San Andrés